

Juan Molina Guerra
juandemolina2020@gmail.com
ASOCIACIÓN SAGRADA FAMILIA E.C.A.

Título: CINEFILIA

Apareció de repente entre la bruma del parque. Ésta, sin embargo, era otra historia, y yo me había prometido contención; había optado por un cambio radical en el planteamiento, sólo sonrisas esta vez, ternura y besos y alguna que otra lágrima; ya sé que me traicionaba a mí mismo dejando paso a la sensiblería, pero esta actitud formaba parte del guión y eran tan escasos últimamente los buenos guionistas. Así que, cuando ella salió de la niebla con sus botas altas, su falda cortísima y su pelo oxigenado, supe al instante que había dado con Vivian.

Lo que siguió a continuación se fue dando sin sobresaltos. Para esta historia sólo se necesitaba dinero y, gracias a la tía Nivoska y las rentas que me proporcionaban sus numerosos apartamentos, la plata no fue nunca una preocupación para mí. Déjame que te escarmene, tía, le decía yo tomándole el cabello húmedo y arrancándole el cepillo de sus dedos huesudos, mientras la tía Nivoska se ajustaba el albornoz y se dejaba hacer complacida. Eres un truhán, me decía en esas ocasiones, sonriéndome desde el espejo del tocador. Era tan fácil contentarla.

Yo había bajado la ventanilla del coche. ¿Cómo te llamas?, le pregunté. Lulú, me contestó Vivian con una sonrisa impostada. Yo soy Edward, le dije con seguridad, y ella abrió la puerta delantera con intención de sentarse a mi lado. Sube atrás, quiero ser tu chofer, le ordené, dulce pero categórico, y ella obedeció como la mercenaria complaciente que era.

Un trasiego incesante de luces amarillas y rojas horadaban la débil neblina del parque, que a esa hora se llenaba de vendedoras ateridas y clientes ávidos de emociones, en una almoneda deshilachada, transida de susurros y expectativas.

Lulú me informó su tarifa con esa compulsión fenicia de quien trata de cerrar una transacción sin detenerse en prolegómenos. No te preocupes por la pasta, la tranquilicé, enseñándole algunos billetes de los grandes, que actuaron como un sedante frente a la incipiente inquietud que le había comenzado a invadir ante aquel tipo que la

enviaba al asiento de atrás y que le manifestaba su deseo de darle un paseo por la ciudad, a la par que le preguntaba si conocía la película *Paseando a Miss Daisy*.

¿Por qué eran tan confiadas? ¿Qué extraño mecanismo actuaba en sus cerebros para que un fajo de billetes, un coche de alta gama y un buen corte de traje les hiciera bajar la guardia? No tuve más remedio que evocar a todas esas chicas que se habían cruzado en mi camino desde que había adquirido esta afición por el cine, esta vida invisible que llevaba desde hacía años y que era más real y emocionante, más vívida y placentera que el té de los domingos con la tía Nivoska y el papeleo periódico de los alquileres.

Lulú se mostraba ya relajada y trataba de encontrar mis ojos en el espejo retrovisor y, entonces, abrió las piernas. No hagas eso, Vivian, la conminé, todo debe resultar perfecto.

Le había prometido una atractiva propina, pero debía mostrarse como una buena chica. Si yo la había elegido como la mujer hermosa que era, debía descartar de su conducta todo signo de ordinariez.

Yo no tenía tiempo de aleccionarla, y pretender que ella estuviera a la altura de Julia Roberts era toda una quimera. Yo tampoco daba la talla de Richard Gere, pero, dentro de las inevitables y gratificantes variaciones, debíamos ceñirnos al guión lo máximo posible; ¿dónde estaba, si no, el placer del juego, la emoción de la vida imaginaria que íbamos a emprender, que ya habíamos emprendido?

Cuando entramos en el hotel y pedí la llave de mi habitación, Morgan me la entregó con un guiño cómplice, atribuyéndose una confianza que yo no le había dado, pero que comprendía dadas las circunstancias, ya que la imagen que desprendía Lulú no era precisamente la de las chicas atildadas y vestidas en Serrano que habitualmente me acompañaban a tomar el té con la tía Nivoska.

Ya en la habitación, Vivian se me acercó y me besó en el cuello. Me posó los labios demorándose, sin despegarlos, y noté la pulpa, el jugo tierno de una cereza mojándose y estremeciéndome, y deseé poseerla en ese instante, pero pudo más en mí el actor magistral que deseaba ser, que ya era desde hacía años y, anteponiéndome al deseo, le dije: date un baño mientras hago unas llamadas.

-¿Eres de los que les gusta mirar? –me preguntó ella.

-Espérame –le dije sin más explicaciones, mientras le dejaba un billete de los grandes encima de la cama.

Ya en el bar, y mientras tomaba una ginebra para infundirme ánimos, reflexioné sobre los próximos movimientos. No era fácil recordar las secuencias ordenadas de la película, sólo la había visto una vez, y la comedia romántica no me seducía lo más mínimo, lo mío era el drama y el suspense, el lado oscuro de la vida, que te mueve, sin manifestarse, con sus hilos invisibles, pero yo era un profesional y quería enfrentar el reto de interpretar un cuento de hadas, así que llamé a recepción y pedí que subieran champán y fresas a mi habitación pasada media hora, el tiempo suficiente para un segunda copa y que Vivian me estuviese esperando con el albornoz blanco cubriendo su cuerpo, que yo intuía espléndido y sin fisuras, como una Afrodita antigua bruñida por el deseo y la pericia de un escultor enamorado.

Cuando subí, Vivian seguía en la bañera. Sepultada bajo dunas de espuma, me confesó que era la primera vez que se bañaba en sales perfumadas. Sus largas piernas se abrían una y otra vez con una cadencia lenta que me enervaba. Había vuelto a hacerlo, a pesar de que en el coche le advertí que no lo hiciera.

Por un instante sentí que me retaba, que me estaba echando un pulso, pero yo sabía que era un juego inocuo, a pesar de todo, y sólo acerté a reprenderla, esta vez con dulzura, no hagas eso, Vivian, le dije, eres una chica mala, pero en ese instante llamaron a la puerta y Óscar dejó sobre la mesa una bandeja con fresas y champán y una rosa con una nota del director en la que me indicaba al dorso: “tenemos que hablar”.

El señor Wilson –Marcos para los amigos- era todo un profesional. Protegido por un traje impecable y un bigote tipo Errol Flynn, sabía conjugar placer y trabajo con una maestría indiscutible: por un lado, me ofrecía una rosa roja para mi acompañante, y, por otro, me demandaba el complemento por el uso doble de la habitación, y todo con el discreto encanto de la burguesía comercial de un ejecutivo que conoce su trabajo.

Complacido con el detalle de Marcos, me acerqué con la rosa hasta el cuarto de baño, donde Vivian se secaba las piernas cubierta por el albornoz del hotel y luciendo un turbante improvisado que ocultaba su rubia cabellera, levemente cobriza y rizada. ¿Quieres hacerlo ahora?, me dijo, pero yo le ofrecí la rosa y me llevé el índice a los labios, invitándola a que se callara. No estropees este momento, le dije a continuación.

Por supuesto, no lo hicimos. Yo debía demorar el instante decisivo, debía cautivarla mostrándome como un caballero, debía conseguir que ella fuese adentrándose en el laberinto de mi tela de araña, siguiendo el hilo tenue de mi taimada seducción.

Por eso, todo quedó en un cruce de miradas melosas mientras apurábamos las fresas y el champán y cerrábamos el acuerdo de pagarle sus servicios generosamente si

me acompañaba durante una semana, el tiempo que me quedaba de estar en Madrid antes de mi viaje a Chandrapore, donde tenía pensado encarnar el papel que el enigmático doctor Aziv había interpretado en la película *Pasaje a la India* y que tanto me había conmocionado por su salvajismo exótico y primitivo.

Pero estos detalles debían permanecer al margen de Vivian, que había aceptado sin reticencias mi proposición de ser mi acompañante y visitar a la tía Nivoska al día siguiente para tomar el té.

Así que la noche discurrió en un juego de medias verdades, donde ella intentó sonsacarme cual era mi verdadero nombre, a qué me dedicaba realmente y qué era exactamente lo que pretendía de ella; todo envuelto en susurros, en besos pausados que derrumbaron su inicial precaución, y a cada instante llamándola Vivian, y ella ya sin resistencia, dejándose llevar, pero ajena aún a su papel, como si llevara años sin ir al cine y no se percatara del rol que yo le había asignado en la película que estábamos viviendo.

Ni siquiera cuando salimos de compras a la mañana siguiente y visitamos las tiendas de moda, ella fue capaz de imaginarse como una actriz; sólo vivía el sueño inmediato que yo le hacía vivir, sintiéndose una reina por unos instantes ante las zalamerías sin tregua de las vendedoras, que no cesaban de mostrarle modelos y accesorios gracias al poder hipnótico de mi tarjeta de crédito.

¡Ah, Vivian tan espléndida en su papel de inocente, hipnotizada por el oropel del diseño y la salmodia de las dependientas! Vivian saliendo una y otra vez de los probadores con el traje cruzado o el vestido vaporoso, con la chaqueta a cuadros o la falda de bambula, y siempre con una sonrisa buscando mi aprobación, sin saber que la ropa era lo de menos, que lo importante estaba por llegar, que todo aquel desfile de comerciantes serviles sólo eran el preámbulo necesario que habría de culminar con la aprobación de la tía Nivoska cuando la vio entrar con el traje de lunares informal y elegante y ella pasara la prueba del té y comiera las pastas inglesas que la tía le ofreciera, y aún más se mostrara encantada cuando la tía le preguntara si le apetecía escuchar su clase de piano diaria y a continuación nos mortificara con sus arpegios reiterados y torpes y Vivian la mirara embelesada como quien oye tocar a un genio precoz, y ya la tía cautivada dando el visto bueno a la relación, impresionada por la frescura de aquella chica que había tenido la osadía de romper el protocolo mojando las pastas en el té y aplaudiendo de veras la impericia de la tía Nivoska sobre las teclas del

clavicordio, ese instrumento de otra época al que la tía se empeñaba en llamar piano y sobre el que gastaba sus horas muertas de una vida aburrida y monacal.

De vuelta en el hotel, Vivian intentó complacerme, intentó ganarse el espléndido emolumento que yo le había prometido por su servicio de compañía, pero yo no podía traspasar la delgada línea roja de la cortesía: sabía de sobras que no me podía embarcar en una relación estable, mi carrera de actor estaba por encima de todo idilio romántico, así que, de nuevo, fueron los besos contenidos hasta el alba, y luego ya, al día siguiente, fue el vuelo regular hasta el aeropuerto de Schwechat y el taxi hasta el centro de la capital de Austria.

En la película que estábamos viviendo –yo como director y actor a un tiempo y Lulú inconsciente del papel que desempeñaba-, y como homenaje al fervor musical de la tía Nivoska, tenía decidido que una de las escenas de las que no podía prescindir era la de la ópera, sólo que yo no viajaría hasta San Francisco para presenciar *La Traviata*, así que ahora estábamos aquí, en un palco del Palacio de la Ópera de Viena, dispuesto a contemplar la reacción de Vivian ante la puesta en escena de la obra magna de Giacomo Puccini, porque *Tosca* representaba para mí la esencia de la vida, que era drama y desgarró.

Yo, como Edward en *Pretty Woman*, sabía que la ópera o te atrapa desde el primer momento o te adormece, de ahí que no dejara de observar la conducta de Vivian durante toda la representación, y la primera reacción fue positiva, pues cuando Mario Cavaradossi entona el aria *Recóndita armonia* ensalzando la belleza de su amada, Vivian se está mordiendo las uñas como una colegiala; luego se deslumbra con la magnificencia del *Te Deum* y me mira con los ojos acuosos; en el segundo acto, Vivian, que por entonces se muestra ya hipnotizada por todo cuanto acontece sobre el escenario, llora en silencio cuando Tosca canta *Vissi d'arte, vissi d'amore* presagiando el seguro fin de su amado, y ya en el tercer acto, y prevenida por mí de que no debe de morderse las uñas, el llanto contenido se vuelve hipidos de emoción cuando escucha las notas del aria *E lucevan le stelle* que Plácido Domingo culmina con la intensidad de su templada voz de tenor y nos hace estremecer a todos los presentes, incluido yo, que estaba más pendiente de los gestos de Vivian que de las tribulaciones del preso que está a punto de ser fusilado.

Cuando las luces se encendieron y yo la miré a los ojos esperando su veredicto, no escuché de su boca la famosa frase: “por poco me meo de gusto en las bragas”. Hubiera resultado una impostura.

Ya en el ascensor del hotel, le levanté el vestido y ella se resistió, pero yo insistí, y mi mano húmeda entre sus piernas ya vencidas me confirmaron que había cumplido con el guión, pero entonces fue que lo estropeó, fue entonces que pronunció la frase prohibida, fue entonces que me dijo con los ojos encendidos: ¡oh, Edward, me haces tan feliz!, y de repente comprendí que todas eran iguales, que todas querían que la película no se acabara si no era en el altar, pero yo ya había decidido adelantar mi viaje a Chandrapore, porque un nuevo monstruo pugnaba por salir a escena. Ahora ya tenía claro quién quería ser cuando volviera de la India, por eso tuve lástima de Lulú tan ajada cuando le pedí con firmeza, no me llames más Edward, porque mi nombre es Hannibal, Hannibal Lecter.